

LOS NORTEAMERICANOS proclaman que su país es "the land of opportunity" (la tierra de la oportunidad) donde "every one is as good as the next guy" (todos son de tanto valer como el vecino). Esta doctrina, con el tiempo, se ha transformado en una fuerza niveladora hacia la mediocridad, lo que facilita ese colectivismo impuesto por aquella falta de raíces en cierto suelo y en la familia.

El individuo que quiere surgir y caer bien en el medio social, fuera de pertenecer a alguna agrupación e iglesia, debe ser "one of the gang" (uno de la pandilla), "a swell guy" (un buen tipo) y por lo tanto "he must sell himself to the next guy" (debe convencer al vecino de su simpatía). No conviene, entonces, sobresalir; ser culto o ingenioso. Por eso perdió la elección presidencial Stevenson. Los candidatos deben comer "Hot-Dogs", usar sombreros de cow boys y dar la mano a todo el mundo. Es menester que el electorado sepa que es "one of the gang".

Existe, claro, gente con suficiente fortuna como para vivir a su real antojo, y hay familias tradicionales, especialmente en el Este de Estados Unidos, en la vieja "Nueva Inglaterra", que mantienen su integridad y su snobismo. Se dice de los Cabot y los Lodge algo más o menos así: "Los Cabot sólo hablan con los Lodge y los Lodge solamente con Dios". Pero en un país de casi doscientos millones de habitantes estos grupos representan un porcentaje infinitesimal de la población.

El igualitarismo de la mediocridad se ha transformado en un deseo de no aceptar superioridad de ninguna especie, especialmente intelectual y por eso el profesor, el científico o el artista se transforma en un "Egg head" (cabeza de huevo-frentón). Para sobrevivir en la comunidad el intelectual debe hacer lo posible por pasar inadvertido. En las pequeñas ciudades donde hay universidades existe una sorda tensión entre el pueblo y las facultades, llamada tensión entre "Town and Gown" (entre pueblo y toga).

Resulta, entonces, que en los Estados Unidos hay una presión masiva desculturizante peligrosa, que contradice los principios mismos de una democracia dedicada a permitirle al individuo la expresión libre de su personalidad. Es por

esto que ciertos críticos del país, como el inglés J. B. Priestley, aseguran que entre Estados Unidos y Rusia hay poco que elegir. Que en una la presión conformista, uniformadora viene del estado pero en el otro surge, con igual fuerza, del pueblo.

Pero no hay tal. Se trata, estamos seguros de una situación transitoria, causada por las circunstancias históricas que ya hemos comentado. Todavía no se ha estabilizado lo suficiente la población sobre un territorio que no hace más de sesenta años que está totalmente ocupado.

Detrás de la sospecha hacia el intelectual hay una escondida admiración. La actitud general es extrañamente contradictoria, implica una mezcla de desprecio y solemne admiración. Cada día se nota una mayor tendencia a leer libros de calidad, de lo cual es índice el enorme número que se publica en ediciones baratas. Además, esa misma gente que tiende a nivelar cuando ella está abajo, cambia de actitud apenas surge y llega a ser "executive" (gerente o director). Entonces compra cuadros, va a conciertos y patrocina sociedades dramáticas. Hay una savia que fluye por esta masa, una savia que de súbito hace aflorar ramas cargadas de una fruta nutricia y bella. Esta es, al fin y al cabo, la tierra de O'Neill, de Henry Miller, de John Dos Passos, de Millikan, Lawrence y muchos, muchos más.

Hay que aguardar el futuro. Hay quienes piensan que Rusia resolvió el problema de evitar la mazmorra cultural en un "país continente" al no crear estados sino repúblicas autónomas, sometidas, pero a la vez contenidas. Así, dicen, pueden sobrevivir las culturas de grupo. Esto sería cierto si no hubiese surgido el hábito de agarrar a esas gentes por millones y trasladarlas, desarraigándolas de su terruño para volcarlas sobre un suelo extraño donde su cultura ya no tiene objeto ni sentido.

Antes fui partidario de que nuestros países se unificaran e hicieran uno, ahora considero que hay que buscar el ajuste al juego económico sin romper las formas asumidas. Una larga etapa de gitanería podría destruir las culturas nacientes en cada país.

JORGE ELLIOTT

El problema de la cultura masiva